Una modesta revolución en marcha

En diciembre de 1999, la revista española de arte internacional *Lápiz* consagró un número especial al arte argentino contemporáneo. Como epílogo al recorrido propuesto por la publicación, realizado por destacados críticos argentinos convocados a tal efecto, la curadora española Rosa Olivares, coordinadora de la edición, dedicó un artículo a la escena nacional de artes visuales, *No más tangos, por favor*, en el que asumiendo un tono polémico, a la vez que elogiaba la independencia y originalidad de los artistas argentinos, efectuaba una descripción crítica del reducido circuito local –mercado y galerías casi inexistentes, museos inadecuados, ausencia de espacios de intercambio e información para artistas y críticos, sobre todo fuera de Buenos Aires- y aludía a la arbitrariedad derivada de que "pocas personas detentan todo el poder y las decisiones artísticas, tanto para decidir quiénes exponen en los museos como para conceder becas, ayudas, cargos, estancias en el extranjero, participaciones internacionales."

Hacia el final de su panorama, Olivares preanunciaba, acertadamente, "inminentes cambios e inevitables nuevas situaciones", provocados precisamente por la pequeñez del sistema del arte argentino, con inexorable destino de implosión.

Tres o cuatro años después, ciertamente, los cambios sobrevinieron, pero no se limitaron al microcosmos artístico, sino a todas las dimensiones de la vida institucional e incluso privada de la sociedad argentina, que colapsaron por completo, iniciando una deriva en la que aún hoy permanecemos.

Sin embargo, en el específico campo de las artes visuales, el cambio venía preparando ya sus condiciones, y el primer plano de la crisis no hizo más que catalizarlo. Las coordenadas de esta transformación responden a una serie de factores, algunos propios del *Zeitgeist* globalizador, cuyas olas también llegan –implacables- a estas costas, pero además deben su dinámica a la entrada en escena de actores y efectos locales novedosos para lo que constituía el *statu quo* imperante hasta hace muy poco.

Desde que el arte alcanzó su estatuto autónomo, lo que se denomina "sistema del arte" fue complejizándose cada vez más, a la par que asignando a cada una de sus partes (en las que, de hecho, podrían distinguirse "clases" dominadas y dominantes, siguiendo la lógica del Bourdieu de *La distinción*), funciones más específicas, siempre distribuidas de acuerdo a las relaciones de

poder internas que determinan la estructura del conjunto, derivadas de su cruzamiento y vínculos con el capital económico y las posiciones relativas en función del mercado del arte. Museos, galerías, coleccionistas, bienales, ferias de arte, críticos, sponsors, artistas y público son los actores de este específico universo, que en la Argentina, se caracterizó durante las últimas dos décadas por su carácter concentrado y cerrado, que limitaba el acceso de los artistas a posibilidades de formación y promoción así como la circulación de sus obras, y durante el período menemista, por el predominio de un individualismo que obturó las iniciativas colectivas.

La novedad de la situación actual podría enunciarse como un remapeo de las artes visuales argentinas, entre cuyos disparadores se encuentra la intensificación de las actividades de formación de jóvenes artistas en diversas regiones del interior del país al margen de los asfixiantes circuitos académicos tradicionales, en la que los Encuentros de Producción y Análisis de obra propiciados por la Fundación Antorchas han jugado un papel determinante; y el surgimiento de numerosos proyectos independientes o mixtos, gestionados por artistas de cada región, que intentan crear nuevos espacios, más horizontales y democráticos, desde los que producir y pensar el arte contemporáneo.

Fue la percepción de estas tendencias en curso lo que decidió a Trama, el programa internacional de intercambio y confrontación artísticos concebido por artistas argentinos independientes y coordinado por Claudia Fontes –tendencias entre las que este colectivo cumplió un papel de pionero- a reunir en un taller de investigación en gestión cultural para artistas realizado entre el 3 y el 10 de diciembre de 2002 en Luján, a Carlota Beltrame (Proyecto Sigurdun) y Sandro Pereira (El Ingenio) de Tucumán, Carina Cagnolo (Cielo Teórico, Córdoba), Leo Batistelli (Villa Remanso, Rosario), Gustavo López (revista y espacio VOX, Bahía Blanca), Daniel Besoytaorube y Mario Gemín (Fondo Internacional de Arte Contemporáneo, Mar del Plata), Ana Gallardo (Lelé de Troya), Marcelo de La Fuente (La Casona de los Olivera) y Santiago García Aramburu (Espacio Duplus) por Buenos Aires, a quien escribe estas líneas, en representación del Museo de Arte Contemporáneo de la Universidad Nacional de Misiones, más Greg Streak (Pulse, Durban, Sudáfrica), Sue Williamson (Public Eye, Ciudad del Cabo, Sudáfrica), Goddy Leye (The Art Bakery, Camerún), e Irene Banchero, Marina de Caro y Flavia da Rin por la organización convocante.

La intensidad del trabajo y la productividad de los debates e intercambios logrados en el taller, permitieron a todos los participantes percibir, más allá de las especificidades de cada proyecto, la enorme coincidencia en cuanto a los problemas a enfrentar, las carencias y debilidades pero también las fortalezas de las diferentes iniciativas, derivadas de su voluntad de independencia y autogestión, y la notable comunidad de intereses y motivos que las impulsaron, que podrían tal vez resumirse en una pregunta:

¿Por qué los artistas deciden dejar la comodidad de sus talleres y el trabajo en solitario para embarcarse en proyectos que suponen un coste de energía que siempre será restado a la dedicación a su propia obra? Una de las contestaciones más claras a esta cuestión que pudieron escucharse en el encuentro de Luján, estuvo a cargo de Ricardo Basbaum, invitado en calidad de conferenciante, uno de los artistas más interesantes de la actual escena brasileña, además de promotor de varias iniciativas colectivas en Rio de Janeiro: “El artista se vuelca hacia el espacio público a partir del compromiso con su propia poética.” Para Basbaum, la complejidad del sistema del arte contemporáneo sumerge al artista en un cúmulo de contradicciones que lo impulsan a desarrollar una serie de competencias –el artista como teórico, curador, crítico, operador cultural- y a involucrarse activamente en disputas de lenguaje, poder y políticas, haciendo visibles, a través de estas nuevas prácticas que asume, las controversias internas del “mundo del arte”, frente a las cuales elige intervenir, promoviendo otras maneras de legitimación, que ya no son las del mercado.

Por supuesto, la diferencia está en que el artista incorporará estas nuevas funciones de acuerdo a la particular visión que surge de su propia praxis: lo hará de forma “artística”, como una extensión de su obra, y como puntualiza Basbaum, centrándose en la red de relaciones interpersonales que lo llevan a trabajar en conjunto con sus pares, volviendo productivas estas “políticas de la amistad.”

En este mismo sentido, la calidad de la reflexión propiciada por el taller organizado por Trama y la oportunidad del encuentro, constituyeron por sí mismos un programa de acción conjunta de todos los proyectos participantes, que se dirige hacia un trabajo en red que potenciará sin duda los cambios en gestación.

Podría objetarse, quizás, que la constatación de las emergencias planteadas aquí no constituye una novedad de efectos demasiado amplios en el resto del sistema, ni mucho menos, una palabra de tanto espesor como “revolución.” Tal vez. Pero para quienes

participamos, se confirmó la certeza de que había que salir, de alguna forma, de cualquier forma, de la “capilla”, la “parroquia” (¿porqué estos términos de connotación religiosa se aplican usualmente al arte? Porque también utilizamos –aunque ya no se acostumbre- para idénticos propósitos, “vanguardia”. Repertorio discursivo de la élite: Milicia, Religión, eternos agentes del poder), de los “círculos”, trazar una línea de fuga desde lo cerrado hacia una “planicie” múltiple que rediseñe las relaciones del sistema artístico a partir de una cooperación e intercambio genuinos. Una revolución modesta quizás, silenciosa y ardua, que todo indica, ya se ha puesto en marcha.

Francisco Ali-Brouchoud